

# ESQUEMA DEL FOLKLORE

AUGUSTO RAÚL CORTAZAR  
Resumen de capítulo

## CÓMO RECONOCEMOS LOS FENÓMENOS FOLKLÓRICOS

*P*ara lograr una caracterización que permita su deslinde con respecto a otros fenómenos culturales semejantes es conveniente afirmar, como punto de partida, el concepto de que se trata del resultado de un proceso, y no de manifestaciones estáticas. Son comparables a los frutos que alcanzan madurez asimilando, en síntesis complejas, elementos diversos y no a joyas que se conservan intactas a través de generaciones. El hecho de que el ritmo del proceso sea tan pausado que muchas veces no llegue a percibirse en el curso de una vida, no contradice su naturaleza esencialmente dinámica.

Según un primer rasgo caracterizador, el folklore no es nunca privativo del individuo, circunscripto a lo personal, sino por el contrario colectivo, socializado y vigente. El origen remoto habrá sido sin duda un acto individual; el impulso generador pudo haber sido una invención o un descubrimiento o la imitación de algo prestigioso en la ciudad o la adopción de una herencia cultural indígena. Lo que interesa no es tanto el origen de los elementos, sino precisamente el haber dejado de ser manifestación personalizada, única, para pasar a ser colectiva, compartida por todos los miembros de la comunidad. Estos pueden no haber sido actores, parte activa en el proceso; basta con que en conjunto presten ambiente de receptividad general al bien de que se trate. En otros términos, que el hecho no resulte, en el consenso social, exótico, llamativo, anacrónico. Si al hacer, pensar, creer, sentir, cantar no se suscita en los demás extrañeza, rechazo, burla, desprecio, incomprensión en el sentido social, se trata de un fenómeno colectivizado. Para que la doma de potros o las prácticas de las curanderas sean fenómenos folklóricos no es preciso, desde luego, que todos los miembros de la comunidad sean domadores o curanderos... su vigencia social significa que el grupo los considera incorporados a su patrimonio tradicional, del que todos, por lo tanto, se sienten copartícipes, aunque no intervengan personalmente en su expresión.

Esto trae como consecuencia que cada uno siente latir en sí, como en potencia, el derecho de introducir alguna variante en la forma consagrada. El ejercicio de este derecho está limitado por el concepto predominante en los grupos populares que valoran y prestigian lo heredado y consabido, velando por su integridad, por su

estilo, por su carácter. De ahí que la reacción colectiva tienda más bien a proscribir que a prohijar las novedades máxime si son desorbitadas. Esta actitud, a la vez que fundamenta la llamada ‘ley de autocorrección’ –enunciada por Walter Anderson-, explica que la vida tradicional del folklore se manifieste sin variantes, sin cesar renovadas. No obstante lo cual, versiones antiquísimas mantienen a través de los siglos los rasgos que las hacen inconfundibles y únicas; pese a la infinita variedad de detalles, son perfectamente reconocibles los viejos romances españoles, ya se recojan entre los sefardíes de los Balcanes, ya en Africa del Norte, ya en cualquier punto de América; los cuentos de Caperucita Roja o de Cenicienta, extendidos a los cinco continentes, repetidos en muchas lenguas son reconocidos por todos, pese a que nadie se siente constreñido a respetar una versión única. La creación originaria ha sido desde luego individual; pero en el curso del proceso, cada cantor o narrador se siente intérprete de un repertorio que la memoria de los integrantes del grupo atesora, considerándolo como propio. Las variantes, las refundiciones, la reelaboración del tema consabido mantienen la estructura, la fisonomía fundamental, aunque los renovados matices atestiguan la intervención de muchos narradores, de muchos verdaderos poetas –aunque anónimos- en el curso de las generaciones. Por lo tanto, el material recogido en el seno de una comunidad popular cualquiera representa una obra sutilmente colectiva y en este sentido no es un despropósito hablar del pueblo, genéricamente, como verdadero creador del folklore, pero sí sería absurdo pensar en la creación simultánea y colectiva, al conjunto del ‘espíritu del pueblo’.

En consecuencia, un segundo rasgo caracteriza los fenómenos folklóricos: el de ser populares, en el sentido de expresión espontánea de una previa asimilación colectiva por el ‘folk’.

Como corolario, que aquí sólo señalaré de paso, cabe hacer notar que no deben confundirse con instituciones y estructuras oficiales, de carácter político, jurídico, económico, etc. incorporadas a la vida del pueblo, a la cual a veces rigen y condicionan como el gobierno municipal, la escuela, la policía, la iglesia, las oficinas administrativas, etc. Aunque los miembros del ‘folk’ las integren, ejerzan o representen, no pueden, por su propia esencia ser folklóricos.

Tampoco se deben confundir con manifestaciones ocasionalmente popularizadas –no populares en aquel sentido- como una canción o una danza en boga, los caprichos de la moda, los dichos y chistes de actualidad. Su vigencia pasajera, su falta de arraigo muestran que el pueblo ha sido temporariamente un medio fugaz de difusión pero no el artífice concienzudo que selecciona, reelabora y asimila un bien cualquiera.

¿En virtud de qué trayectoria cultural un nuevo elemento logra esa incorporación al patrimonio tradicional de la comunidad? ‘Si observáramos un ambiente popular típico: pueblecito remoto, aldehuela aislada, caserío disperso, comprobaríamos que la menor porción de su vida colectiva es la sometida a los moldes rígidos y uniformizadores de lo ‘institucionalizado oficial’ –organización política, jurídica, económica, administrativa, etc.-. Frente a estos casos cada individuo en desarrollo, por el contrario, se compenetra de todo el saber del grupo

escuchando sus conversaciones y asimilando sus técnicas; le basta parar mientes en lo que a su alrededor ocurre. Las ideas básicas, los valores de la cultura y las pautas para su conducta social se le presentan en términos sencillos y accesibles con sólo observar lo que todas las personas normales creen o cómo cada cual reacciona ante determinadas situaciones.

‘Desde luego no hay aquí erudición ni saber libresco; falta la teoría pura, la doctrina abstracta, el sistema intelectualizado; todo se edifica sobre la base de la experiencia, inductivamente, y no a través de un conocimiento lógico, sistemático, casual y cierto de los fenómenos. Hasta las más complicadas formas resultan de la equilibrada suma de experiencias que añaden, quitan, pulen, innovan o restauran la herencia común. El producto es, por fin, la exteriorización de un íntimo proceso encauzado por los criterios tradicionales, el medio natural, los impulsos síquicos, las necesidades funcionales. Así una larga germinación se abre, al cabo, en flor de belleza o se brinda en fruto de sabiduría’ (2)..

En este sentido digo –y sería el tercer rasgo- que los fenómenos folklóricos son empíricos, espontáneos, no institucionalizados.

En cuanto a los medios de trasmisión de los bienes en el ámbito de la cultura popular, no son los característicos de las sociedades civilizadas contemporáneas: libro, periódico, radiotelefonía, cinematógrafo, televisión. En aquel ambiente ‘la difusión se logra merced a la palabra hablada, coloquial, directa. Por eso se dice con verdad que la transmisión folklórica es oral, dando convencionalmente al término un sentido muy lato: se basa en la palabra, pero subrayada y a veces sustituida por el acto mismo, por el manipuleo que se aprende practicando, por el gesto que complementa o refuerza, por el ejemplo expresivo aunque mudo. Dicho en forma negativa, porque se prescinde comúnmente de la escritura. En fin, el acervo cultural, que no por ser empírico es endeble ni torpe, pasa así, por la palabra, el ejemplo, la imitación a enriquecer los espíritus que inician su socialización en el acotado ambiente de la aldea’.(3)

De aquí el cuarto rasgo diferenciador: los fenómenos folklóricos son orales, dando a esta palabra un valor convencional muy lato, que equivale a no escrito, ha no adquirido a través de procesos institucionalizados y sistemáticos de enseñanza y aprendizaje.

Gracias a su experiencia, el pueblo va asimilando nuevos elementos que enriquecen el patrimonio tradicional. La intercomunicación, cada día más frecuente, con los centros urbanos irradiantes, los medios de difusión progresivamente más activos y variados, la corriente de transculturaciones de más en más caudalosa multiplican las posibilidades de elección; pero el ‘folk’, mientras mantenga su condición de tal, en tanto no haya desnaturalizado su carácter, es muy parsimonioso en la elección. No acoge indiscriminadamente cuanto a su conocimiento llega. Sólo acepta y progresivamente asimila aquellos elementos en los que descubre aptitud para satisfacer ‘necesidades’ colectivas del grupo, ya de índole biológica – alimentarse, vestirse-, ya jurídica o estética –repartición hereditaria, decoración o danza- ya mágica o religiosa. A diferencia de lo que ocurre en ambientes refinados,



el 'folk' se muestra muy cauto y sobrio en la elección de los medios que considera adecuados para satisfacción de esas necesidades. Se abstiene tanto en la duplicación o de la heterogeneidad inútiles como del refinamiento superfluo; también el artificio petulante, la singularidad caprichosa, precisamente por lo que tienen de individualismo exacerbado, quedan al margen de la aceptación general del pueblo.

Cuando, por el contrario, esta aceptación se va generalizando y llega el bien a incorporarse al patrimonio común, es porque ha probado su aptitud para satisfacer alguna necesidad colectiva. Utilizando un tecnicismo etnológico, llamo `función en la existencia del grupo, a la cual integra orgánicamente, vitalmente.

De allí que para definir, comprender e interpretar el valor o papel de cualquier fenómeno, haya que analizarlo, observarlo cuidadosamente como parte del conjunto, y no como manifestación aislada, autónoma, suficiente para sí misma. Todos los elementos integrantes del folklore de una determinada comunidad se amalgaman en unidad superior y funcional que no admite desgajamientos incomprensivos que atentan contra su naturaleza o tronchan su armoniosa realidad.

Por esta condición de satisfacer necesidades de los grupos populares, matizándose, por una parte, de tonalidades típicas determinadas por la tradición y por el ambiente regional y, por otra parte, correlacionándose entre sí en trabazón inextricable, los fenómenos folklóricos son esencialmente funcionales. Y este es el quinto rasgo.

Para lograr la plenitud de la condición folklórica faltaría otra etapa esencial: el arraigo popular a través del tiempo. No es suficiente que un bien se incorpore ocasionalmente al patrimonio cultural del grupo: es menester que integre la herencia social que los miembros de una generación transmiten a otra, en sucesión indefinida.

El fenómeno folklórico se configura cuando concurren lo que podría llamar las coordenadas del proceso: la horizontal de su colectivización empírica entre los componentes de una comunidad en un momento dado, y la vertical de su persistencia a través del tiempo. Esta última etapa es la tradicionalización. Si consideramos, por ejemplo, una canción que por cualquier circunstancia favorable se difunde en el pueblo y llega a adquirir vigencia en el grupo social, no creo que por eso sólo sea justificado que la llamaremos folklórica. Puede tratarse de una popularización fugaz y no de una verdadera asimilación perdurable. Será, si se quiere, un fenómeno 'en estado naciente', más para que llegue a la plenitud habrá que aguardar la etapa de tradicionalización, es decir comprobar sus condiciones de viabilidad.

Para que aquella transmisión de legados culturales configure, a lo largo del tiempo, una tradición se presupone, además la existencia de un reconocimiento colectivo —expreso o tácito— de la eficacia de ésta, una reafirmación de su excelencia, una aceptación de su prestigio. Su propia venerable estabilidad, capaz de adaptarse mesuradamente, sin embargo, a los cambios de las sociedades modernas, sirve de base a ideales de vida y a concepciones del mundo muy caros a las comunidades del tipo 'folk'.

Por otra parte, desde Thoms en adelante, se consideró que uno de los rasgos más definidores del material que la ciencia en esbozo estudiaría, era precisamente el ser como una persistencia del pasado más o menos remoto en la cultura popular actual.

Esto no quiere decir que esa tradición sea en todas las épocas reconocida unánimemente y que siempre haya dejado huellas, vestigios, documentos. La falta de éstos no significa, desde luego, la inexistencia de aquélla. El eclipse, durante ciertos períodos, de un fenómeno folklórico –por lo tanto tradicional, ha sido comprobado más de una vez por la investigación científica. La más rotunda demostración, en el caso de los romances españoles, se debe a Ramón Menéndez Pidal. Sus conclusiones exceden el caso particular estudiado por el maestro y refirman las obtenidas, en otros campos, por la ciencia folklórica (4).

He dicho que el folklore es popular y funcional, que integra orgánicamente la vida del pueblo; pues bien: éste incorpora también a su vida actual ese pasado, que sobrevive en la memoria colectiva, no como simple recuerdo de algo ocurrido y concluso en una época cualquiera, sino como tradición, como elemento proveniente de un pretérito indeterminado, pero vigente hoy en las preferencias colectivas, en los ideales comunes, en las costumbres, en las normas consuetudinarias. Esa tradición rige a su vez los actos, establece pautas de conducta colectiva. Por la cual es evidente que la tradición no es yerto pasado, no sólo existe por ser pretérito –como ocurre con la historia-, sino que nutre las conciencias de los hombres de hoy y, en una palabra, integra funcionalmente la vida del pueblo.

Confirmado lo antes dicho: si la tradición es folklórica, es funcional y, por lo tanto, actuante, vigente en la cultura actual de las comunidades populares de tipo ‘folk’.

Esta perduración indefinida, que suele ser secular y no pocas veces milenaria, que se mantiene a través de pueblos, lenguas, civilizaciones y ámbitos geográficos distantes y disímiles, es uno de los más poderosos atractivos del folklore y en ciertos casos se presenta como un verdadero prodigio.

El sexto rasgo nos muestra, en consecuencia, que los fenómenos folklóricos son tradicionales.

Tal circunstancia favorece el olvido de los nombres de los iniciadores del proceso, sean artistas o maestros de danza, héroes o inventores, hechiceros o príncipes. La anonimidad va borrando los rastros. Pero no sólo por obra del tiempo. El pueblo mismo, al incorporar cada nuevo bien a su cultura, prescinde del nombre del creador porque considera que el acervo espiritual es colectivo. Más aún: se despreocupa del autor individual puesto que –según ya dije- cada miembro del ‘folk’, cada intérprete de un fenómeno folklórico se ve a sí mismo como copartícipe de una herencia común y no concebiría el respeto individualista de nuestra civilización por los ‘derechos de autor’. La consecuencia es que al finalizar la trayectoria los fenómenos folklóricos –y este es su séptimo rasgo- resultan anónimos.

Hasta ahora he considerado factores relacionados con los aspectos sociales y temporales del proceso de folklorización. En último término, aludiré brevemente al factor geográfico, vale decir a la influencia del medio natural. Es particularmente importante, dadas algunas características de los grupos de tipo 'folk'. Su preferente localización marginal, con respecto a las grandes ciudades y a las zonas de intenso tráfico, de vida cosmopolita e industrialización creciente, los pone en contacto más inmediato y estrecho con la naturaleza. Ella condiciona algunas de las manifestaciones folklóricas más típicas, como la vivienda, la indumentaria, la alimentación, los transportes, las actividades laborales, las técnicas agropecuarias y hasta las artesanías. La naturaleza circundante, con la que el grupo 'folk' típico vive en íntimo contacto, forma con éste y su cultura tradicionalizada un complejo en el que la influencia geográfica tiene papel decisivo. No creo que llegue a ser 'determinante', pero sin duda contribuye a configurar la fisonomía inconfundible de cada conglomerado folklórico. Los géneros de vida, dice un geógrafo de la autoridad de Federico A. Daus, son 'modalidades por las cuales los pueblos que viven en contacto con la naturaleza logran obtener de ella su sustento (5)'. Basándome en el mismo autor, diría por mi parte que ámbito folklórico es la región o área del territorio cuyos habitantes conservan tradicional y anónimamente un legado de cultura espiritual y material, por lo cual poseen conciencia de su individualidad.

El mundo natural circunvecino, que nutre la experiencia común, se infiltra en el ámbito mental de cada paisano afincado en su terruño y se traduce luego en lo que su mente concibe. La animización y hasta la edificación de las montañas y ríos, del mar y la selva, que hacen germinar mitos y prácticas rituales, leyendas explicativas e infinidad de comparaciones, imágenes y metáforas del cancionero popular, tienen en el paisaje su razón de ser. De allí que todo conglomerado folklórico lleve la impronta del ambiente geográfico en cuyo seno el 'folk' desenvuelve su vida, por lo cual resulta interesante el estudio de lo que he llamado 'ecología folklórica' (6). Surge de aquí el octavo y último de los rasgos caracterizados que he procurado puntualizar: todo fenómeno folklórico es geográficamente localizado, es decir tiene expresión regional.

Al afirmar que el fenómeno folklórico es lugareño y típico no quiero decir que sea exclusivo del lugar, ni único, ni de invención o de origen local. El pueblo selecciona, adopta, adapta y asimila elementos culturales muy diversos y los va armonizando con las exigencias del medio circundante; pero entre esos elementos los hay excelsos por su jerarquía espiritual, por su mérito artístico o por su milenaria antigüedad, como los estudiados por los investigadores en costumbres de campesinos y pescadores europeos, cuyo origen se ubica en la protohistoria; otros equivalentes han pasado a América en el folklore español, rico en matices musulmanes y hebraicos, con lo cual el remoto Oriente confluye con las caudalosas supervivencias autóctonas en la formación del folklore americano. Muchos de ellos han navegado en corrientes históricas por centenares de años, decantándose y acendrándose en la retirada tamización. Suelen ser universales y representar lo más puro y perdurable de las creaciones del espíritu humano. Para no recordar sino un caso, piénsese en la deslumbrante calidad de la poesía del Siglo de Oro hispánico,



germen de los infinitos cantares –romanos, glosas, décimas, coplas- que hoy entonan los campesinos americanos.

Por eso la expresión regional del folklore no excluye la difusión la trascendencia universal de muchos de los elementos que lo integran.

### **Caracterización sintética**

Esquemmatizando, diría que los fenómenos que han cumplido su complejo proceso de folklorización resultan ser populares (propios de la cultura tradicional del ‘folk’) colectivizados (socialmente vigentes en la comunidad), empíricos, funcionales, tradicionales, anónimos, regionales (geográficamente localizados) y transmitidos por medios no escritos ni institucionalizados.

Es importante tener en cuenta que al intentar un diagnóstico de un fenómeno para determinar si es o no folklórico, se deben hacer jugar todos los criterios enunciados y no reducirse a un confrontación trunca o arbitraria de aquellos rasgos (por ejemplo tener en cuenta sólo la condición de tradicional o de popular o de anónimo, desechando las demás).

### **Símbolos**

Aquí se cierra el ciclo que se inició en las páginas primeras. Espero que, como síntesis, quede la imagen de un dinámico proceso cultural a cuyo término el folklore se brinda en noble fruto o en floración de belleza. Esta imagen tan reiterada ha llevado a muchos a proponer el acertado símbolo del árbol. También podría serlo el río, con lo que expresaríamos, a la vez, una aspiración. Somos, como pueblo, una ininterrumpida corriente en la historia y en esta continuidad finca nuestra fisonomía tradicional. Aceptemos el imperativo de mantener nuestro carácter, pero no anquilosado y yerto, como una momia sagrada y centenaria, sino como algo vivo y dinámico; parezcámonos al río, siempre renovado y siempre idéntico, que mantiene por milenios su configuración en el paisaje, a pesar de los aportes de sus afluentes y que conserva su ser pese a las variables sustancias arrastradas por su corriente.

Sea nuestro folklore como el río, cuyas aguas no adulteran su naturaleza aunque se oscurezcan con las sombras de las barrancas o resplandezcan con la luminosidad del cielo; tal como los valores esenciales de la tradición fluyen en la historia sin afectarse por la mutación de tiempos transitoriamente borrascosos o límpidos.

Sea nuestro folklore como el río fecundante, que reactiva la vida propia de las tierras por donde pasa, favoreciendo la expresión de sus fuerzas telúricas y se ufana luego en rendir tributo generoso al mar. Constituya también nuestro folklore estímulo sugerente para el espíritu de nuestro pueblo; tenga la aptitud de ‘reactivar la vida propia’ de cada rincón de nuestra tierra pero, llegado el caso, sea capaz de ofrendar su caudal al mar, al infinito mar de la cultura del mar.

### **Planteo y discusión de algunas cuestiones**

En el curso de la sintética caracterización que antecede han sido analizados varios ejemplos y discutidos diversos problemas. A manera de recapitulación, con el propósito de aplicar coordinadamente los criterios expuestos, pasaré revista a cuestiones que suelen suscitarse.

1. Concebido el folklore como un fluente proceso y considerando que éste es cada vez más acelerado en razón de una mayor intercomunicación social, de la tendencia niveladora del Estado y la industria, etc., ¿resultaría que en plazo más o menos breve, según los países y las regiones, está condenado a desaparecer? Indudablemente no, pues ese dinamismo cultural, esa movilidad social rigen también para todos los sectores de la sociedad, pero con un diferente ritmo, con un 'tiempo' que siempre y forzosamente ha de ser más lento en las comunidades de tipo 'folk'. Por lo tanto, siendo el folklore resultado de una diferenciación cultural mostrará siempre el contraste entre aquellos estratos antagónicos (por ejemplo, 'pueblos' y 'elites'), que son tan antiguos como la civilización, pues surgen de divergentes modalidades del espíritu humano, de ideales de vida dispares, de condiciones de existencia que jamás podrán parangonarse, como las tipificadas por la ciudad y el campo, las oligarquías y el 'folk' y en otro orden, la enseñanza institucionalizada y la empírica, la tendencia hacia lo novedoso y la idealización del pasado, la mezcla cosmopolita y la decantación regional y provinciana.

\*\*\*\*\*